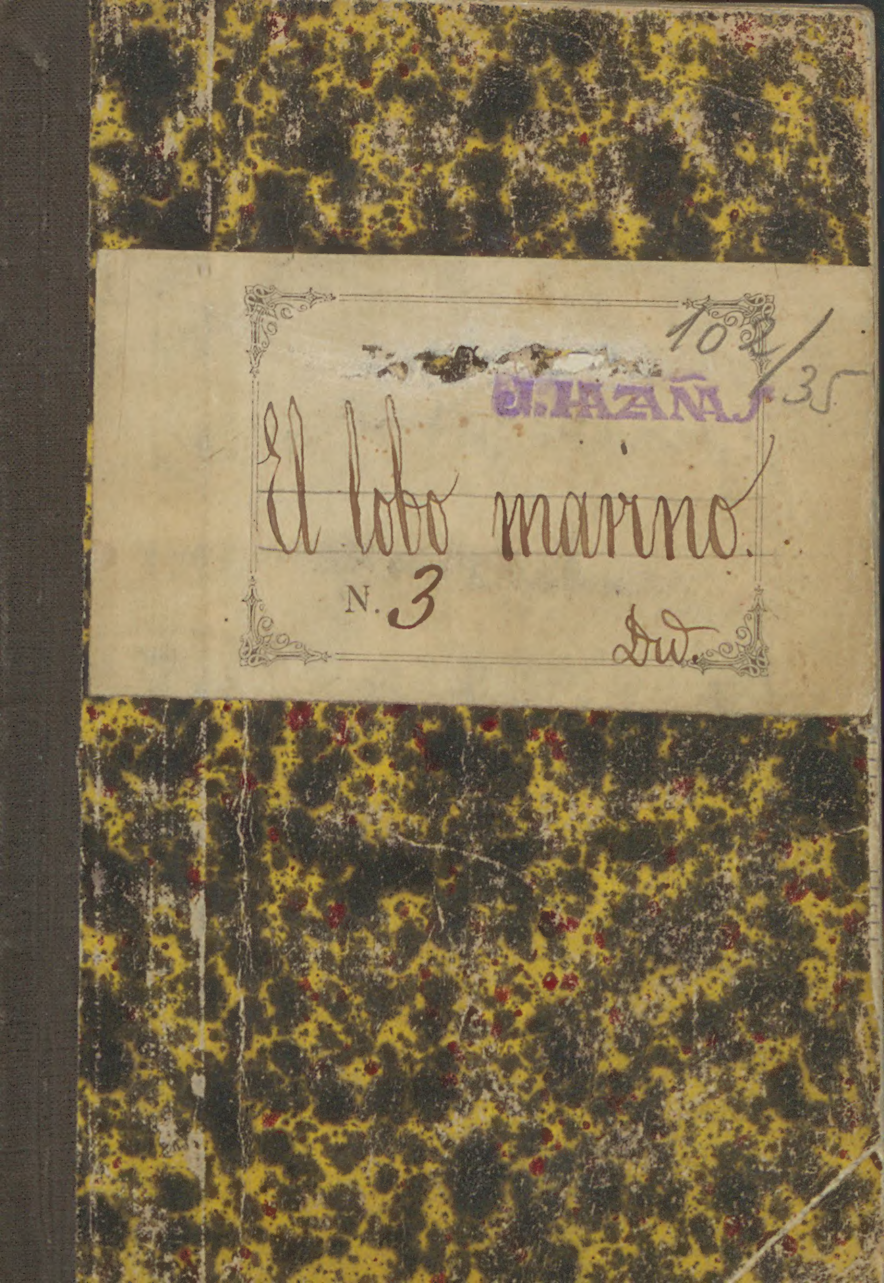


102/35
J. HAZAÑA
El lobo marino.
N. 3
Drd.

1er Acto

Papel de Juana-María

seis Bertoldo

(...dole las sopa por las narices) Hu...

... eso --- y pega si te atr...

..., aguardad. Dejadle que ...

...ue alma y vida á su p...

...a ---- en ese momento se

...e cariñoso y afable --- e...

...dad de la especie. Entre ...

...os dejara en paz y po...

...os hablar sin temor (á a...

...) Ea, á la mesa, gloto...

...unto en boca --- ahí ti...

con que llenartela. Y...

si vengo hoy cumplim...

..., llamo boca á la tuy...

... sarta de preguntas! ...

...ús á ese paso, no voy a...

...der contestaros. Es un ang...

EL LOBO MARINO.

Drama en dos actos,

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

POR

DON ISIDORO GIL.

Representado por primera vez en Madrid el 24 de Diciembre de 1843.

M. P. D.

MADRID.
IMPRENTA DE DON CIPRIANO LOPEZ.
Cava-baja, n.º 19, bajo.
Setiembre 1856.

PERSONAS. (1)	ACTORES.
LEONARDO, *constructor de barcas.*	*Don Cárlos Latorre.*
SERAFINA, *su hija.*	*Doña Bárbara Lamadrid.*
CÁRLOS TANGUY, *ingeniero.*	*Don Antonio Alverá.*
COCARDEAU, *compañero de Leonardo.*	*Don Pedro Lopez.*
JUANA-MARÍA, *criada de Leonardo.*	*Doña Catalina Flores.*
JORGE *(seis años).*	
CÁRLOS *(tres años).*	
ADONIS.	
Una negra y un Negrillo.	

El primer acto en Cocarneau, en Bretaña. El segundo en la Nueva-Orleans (*Estados-Unidos*).

(1) Los trages de Leonardo, Cocardeau y Juana-María en el primer acto, son los de los aldeanos bretones. En el segundo, Leonardo sacará leviton, sombrero de ala ancha, pantalon y zapato de hebilla. Cocardeau, levita, chaleco y pantalon de mahon, sombrero de paja. Tanguy, frac, chaleco, pantalon blanco, corbata de color. Serafina, vestido blanco á usanza de las criollas, manga corta, adornos y cintas encarnados. Juana-María, vestido de guinga rayado, de igual corte, un pañuelo de madrás á la cabeza.

ACTO PRIMERO.

La casa de Leonardo. Muebles campestres. En el foro se divisa el mar y una barca atracada en la orilla. A la izquierda una mesa con avíos de escribir.

ESCENA PRIMERA.

COCARDEAU. SERAFINA.

(*Serafina está bordando á la derecha. Codardeau examina varios libros de cuentas en la mesa de la izquierda.*)

Cocardeau. Siete y ocho... son diez y seis... y cuatro son... (*Separándose los dedos de la una mano con la otra para contar.*) son veinte... Dios de los cielos!... vaya unas filas de números!... estas sumas son mas largas que el palo mayor de un buque! Con eso y con que siento aquí en el estómago una tirantez... la falta de lastre!... Pongo nueve y llevo cinco. (*A Serafina.*) Decid, señorita... sabeis dónde anda mi endiablada costilla? Calle! no me responde... Cuando digo yo que mi mujer ha de acabar conmigo! Es una coqueta sin maldita la aprension!... No me oís, señorita? Señorita? (*Gritando.*)

Serafina. Sí, señor Cocardeau, sí... os oigo, y por lo mismo no os escucho.

Cocardeau. Mil gracias... tendré presente la respuesta... y llevo cinco.

Serafina. Sabeis, señor Cocardeau, que estoy asombrada?... jamás os he visto aguardar con tanta an-

siedad á vuestra mujer... ni aun el dia de vuestra boda. Así me gusta... esa conducta me reconcilia con vos. La pobre Juana es tan buena! tan cariñosa!...

Cocardeau. Poco á poco... no hay que *tregiversar* los sentimientos conyugales! Yo aguardo... pero lo que es á mi mujer, *necuaquam!* mi sopa es la que aguardo... Seguid mi idea... si la sopa pudiese venir sin la mujer, se me daría un bledo de mi cara mitad. Pero como la sopa (esto es de física) no tiene ni piés ni patas (al menos yo nunca las he encontrado, gracias á Dios), tiene que valerse de los y de las de Juana-María. Sacad la conclusion. Y llevo seis.

Serafina. (~~*Aparte mirando á la puerta del foro.*~~) No sospecha que yo aguardo á su mujer con mas impaciencia que él... Nada aun... ya debería estar de vuelta...

Cocardeau. Y llevo seis... seis... seis... maldito número... qué dificil es de retener! Aguardaríais vos tambien por ventura mi sopa, señorita, que así os veo fijar continuamente los ojos en la puerta? Si es cosa de que os lo pide el cuerpo, no andeis con cumplimientos (*Ap.*) La digo que si gusta porque sé que no lo ha de tomar. Hétela otra vez pensativa como há poco! Algo trae que no quiere que se sepa... Oh! si yo fuera el señor Leonardo, no habria de parar hasta que averiguase lo que la bulle en el meollo... Y llevo ocho... (*A Serafina.*) No es verdad que llevaba ocho?

Serafina. (*Ap.*) Dentro de algunas horas verá mi marido á su hijo... podremos estrecharle contra nuestro corazon. Cuál va á ser la alegría de Cárlos! Por qué ha de querer el cielo que la veamos turbada á cada paso!... Esto no es vivir.

Cocardeau. Cuándo querrá Dios que yo dé fin...

Serafina. A esa cuenta?

Cocardeau. A mis sopas... esa mitad del diablo tarda hoy mas que nunca... Quién sabe si las habrá dejado caer en el camino y me quedaré en ayunas. Ea, Cocardeau... ármate de paciencia... y date á los números y come... nueve... no!... ocho... no! siete.

ESCENA II.

DICHOS. JUANA.

(*Serafina se levanta y sale al encuentro de Juana en cuanto la divisa. Juana trae una sopera de barro y una cuchara de estaño. Hace seña á Serafina de que aguarde y se acerca á Cocardeau.*)

Juana. Son seis, Bertoldo.

Cocardeau. Bertoldo!... yo!... aguarda. (*Levanta la mano para darla.*)

Juana. (*Metiéndole las sopas por las narices.*) Huéleme eso... y pega si te atreves!

Cocardeau. Eso ya varía. Con buenos modos y unas sopas de ajo se hace de mí todo lo que se quiere.

Serafina. (*Bajo á Juana y trayéndola á un lado.*) Vamos, habla, habla por Dios!... tú no puedes figurarte mi impaciencia.

Juana. Ahora, aguardad. Dejadle que se entregue alma y vida á su pitanza... en ese momento se vuelve cariñoso y afable... es cualidad de la especie. Entre tanto nos dejará en paz y podremos hablar sin temor. (*Volviendo á Cocardeau, que dá señas de impaciencia.*) Ea, á la mesa, gloton, y punto en boca... ahí tienes con que llenártela. Ya ves si vengo hoy cumplimentera, llamo boca á la tuya.

Cocardeau. (*Comiendo vorazmente.*) Bien huele! bien! y sabe mejor... Qué aroma despide! Me muero por las sopas de ajo!

Serafina. (*Bajo á Juana, que ha vuelto á acercársele.*) Le has visto, dime? Está bueno? Está contento? Se parece á su padre? Te ha preguntado por mí?

Juana. Qué sarta de preguntas! Si seguís á ese paso, no voy á poder contestaros. Es un ángel... rubio como unas candelas... con unos carrillos que parecen de grana... blanco como el ampo de la nieve y con unos ojos que cualquiera diría que se los ha robado á su madre.

Codardeau. (*En la mesa.*) Conozco que cuando cómo la sopa me quedo embrutecido... es una debilidad... el ajo me absorbe... Y llevo siete.

Serafina. (*A Juana.*) Y dónde está? Cerca de aquí, no es cierto? Por eso sin duda late mi corazon con tal violencia desde hace un instante.

Juana. Está en casa de mi madre, mimado y acariciado como podria estarlo al lado vuestro. Mi pobre madre le llama señor Jorge! señor Jorge! á un arrapiezo que acaba de dejar el ama... Yo le llamo Jorge á secas... porque le miro como cosa propia.

Serafina. Haces bien: tú eres mi mas fiel amiga.

Juana. Disimulemos un poco... ya acabó su racion y puede escucharnos.

Cocardeau. (*Repantigándose.*) Esto es hecho... maté á la que me mataba. Vengan ahora números... y llevo seis... (*Mirando á las dos mujeres.*) Qué diantres tienen que cuchichear allí las dos prendas?... algun gatuperio de su sexo! Sexo inverosímil! Juana-María!

Juana. (*Sin moverse.*) Come y calla.

Cocardeau. (*Volviendo la cazuela.*) Ya despaché.

Juana. No importa, come mas.

Cocardeau. Eso es, como no quieras que me trague tambien la cuchara! (*Levantándose y yendo á ella.*) Si vuelves á decir una palabra mas alta que otra... voy á acabar la frase que empecé antes de la sopa. (*Alzando la mano.*)

Serafina. (*Poniéndose entre los dos.*) Señor Cocardeau, ya os tengo dicho que no me gustan esos modales. Hacedme el gusto de reportaros en mi presencia, ó me quejaré á mi padre.

Cocardeau. Al señor Leonardo? Y se le dará mucho por cierto. El mismo caso hace él de las mujeres en general, como yo de la mia en particular... perded cuidado, que yo se lo diré antes que vos. No porque mi mujer sea vuestra hermana de leche se ha de librar de que yo la caliente el cuerpo cuando lo merezca. Yo te pillaré sola, taimada!

Serafina. Ea, callad y marchaos de aquí.

Cocardeau. (*Recogiendo los papeles de encima de la mesa.*) Mi mujer es propiedad mia... y puedo demolerla cuando me convenga... el código de Napoleon lo dice. Ese sí que entendia á las mujeres, y por eso las ataba corto. (*Serafina le vuelve á hacer seña de que se marche.*) Ya me voy! ya me voy! Uf! (*Ap.*) Qué tírria

la tengo á esta señorita Serafina! (*Alto.*) Sí, ya me voy... lo veis... ya me voy. (*Vase por el foro.*)

ESCENA III.

SERAFINA. JUANA.

Serafina. (*Sonriéndose.*) Ya sabia yo que lograría que se marchase... En vano queria reprimirme... necesitaba quedarme á solas contigo para hablar de él sin temor de descubrirme yo misma... hay sentimientos que dificilmente se ocultan.—Con que está en casa de tu madre segun me has dicho?

Juana. (*Llevándosela hácia la puerta del foro y señalando al foro.*) Mirad... allá abajo... veis aquel niño que juega sentado en la yerba?

Serafina. Dios mio! no puede verme desde allí.

Juana. Quereis que vaya á buscarle?

Serafina. Sí, sí. (*Deteniéndola.*) Pero no, todavía no. Si viniese mi padre y le viese aquí, estaba todo perdido.

Juana. Como que tiene un genio amable!... Pedir mas sería avaricia... Gruñe que gruñe desde la mañana á la noche, y por variar vuelta á gruñir y á refunfuñar desde que anochece Dios hasta que amanece. Es lo que llamamos en nuestro pais un verdadero *lobo marino.*

Serafina. Por qué dejaría yo este pais! por qué he sido educada por mi tia tan buena, tan indulgente! hubiérame criado al lado de mi padre, y me hubiera acostumbrado desde niña á su carácter brusco: él no me miraría ahora como á una estraña... y tampoco me hubiera casado sin su permiso. Tú que sabes lo que amo á Cárlos, y que me oyes desear tal cosa, debes conocer cuánto sufro, cuánto dolor y amargura encierra mi corazon.

Juana. Vuestra pobre tia tuvo razon en lo que hizo. Sabiendo que vuestro padre no os queria, se encargó de vos y os llevó consigo á Rennes para cuidar de vuestra educacion: allí la habeis recibido tal, cual nunca hubieran podido dárosla en este rincon de la Bretaña. Despues, cuando la buena señora se vió an-

ciana y acometida de una enfermedad mortal, quiso dejaros un protector... no era esto muy difícil de hallar, pues el señor Cárlos Tanguy os adoraba y vos le amábais ciegamente. Vuestro padre, el señor Leonardo, que apenas se habia cuidado de vos, se negó redondamente á todo proyecto de enlace. Qué hizo entonces vuestra tia? Sin contar con el consentimiento de vuestro padre, y valiéndose de uno de nuestros sacerdotes, que tienen el mayor gusto en chasquear á las autoridades, os casó una noche en su mismo cuarto, y desde aquella época fuísteis esposa del señor Cárlos, y despues madre de Jorge. Todo iba á las mil maravillas en casa de vuestra tia, y así hubiéramos vivido mucho tiempo felices y tranquilos, si la pobre señora no hubiese muerto. Preciso ha sido volver á casa de vuestro padre, en donde nos hallamos en el dia... Lo que ahora se necesita es valor... Vuestro padre no puede negarse á la luz de la razon por mucho tiempo, y acabará por perdonaros.

Serafina. Ah! cuánto deseo ver desaparecer este misterio!

Juana. El señor Tanguy es un escelente jóven, lleno de talento, y vuestro padre manifiesta estimarle mucho...

Serafina. Por estar mas á menudo á mi lado y ver con frecuencia á mi padre, es por lo que Cárlos se ha decidido á establecerse aquí... desea merecer su confianza y hallar una ocasion de declarárselo todo. Quiera Dios que no tarde mucho tiempo en presentarse!

Juana. Vuelvo á deciros que todo se arreglará. (*Mirando al foro hácia la derecha.*) Mirad, aquí vienen los dos justamente hablando como dos íntimos amigos. El tiempo está en calma. (*Ap.*) Dios haga que no acabe en tormenta.

ESCENA IV.

DICHAS. LEONARDO. TANGUY, *ambos por el foro derecha.* COCARDEAU.

Serafina. (*Levantándose á recibir á su padre.*) Buenos dias, padre mio.

Leonardo. (*Apartándola.*) Buenos dias... buenos dias...

y á trabajar. Está ya compuesta la vela? Todavía no se ha concluido!... Para qué diablos servis las mujeres? Vamos, darse prisa: Juana, ayuda á Serafina.

Serafina. (*Ap. sentándose al lado de Juana á la derecha del teatro.*) Jamás me llama hija! (*Cocardeau trae una vela, y durante las primeras palabras siguientes, señala á las dos mujeres las composturas que hay que hacer y pasa en seguida á la izquierda.*)

Tanguy. (*Ap.*) Pobre Serafina!

Leonardo. Sabeis, amigo Tanguy, que el tal buque ha sufrido grandes averías? toda la cabezá de un bordage se ha desentablado, y empezó á hacer agua á tal estremo, que ha estado á pique de zozobrar: quién le manda tambien ir á meterse con el Tres puentes? es dar coces contra el aguijon.

Tanguy. El Tres puentes no tiene culpa en lo sucedido... á quien hay que acusar es al buque mismo... Todas las embarcaciones antiguas están construidas como por instinto... no hay en ellas nada calculado, nada que pueda sujetarse á la rigurosa exactitud matemática... por lo tanto, al primer vendabal, al menor choque, adios navío.

Leonardo. Ya tenemos la cancion de todos los jóvenes... Siempre á vueltas con sus matemáticas!... y porque llevan diez años de estudios y han sido discípulos de la escuela Politécnica, ya todos se creen unos sabios!... Grima dá!

Cocardeau. (*Viniendo á colocarse al lado de Leonardo.*) Vaya una palabreja!... Pollinéquica! qué barbaridad!

Leonardo. Las matemáticas!... no tienen otra palabra en la boca... las matemáticas!

Cocardeau. Pero señor... eso es gringo!... dónde vais á buscar esas palabras... masmáticas!

Leonardo. Y os figurais acaso que no se construian buques antes de la endemoniada invencion de vuestras matemáticas?

Cocardeau. (*Interrumpiéndole.*) Y el arca de Noé fué construida segun las reglas de tales *almáticas?*... pues ello es que sin embargo resistió al diluvio universal.

Tanguy. Ah! es que el Todopoderoso fué su verdadero arquitecto.

Cocardeau. Pues el buen señor parece que lo entendia.

Leonardo. Yo nunca he sabido matemáticas, y sin embargo apuesto á construir una embarcacion tan sólidamente como el primero.

Tanguy. Ciertamente señor Leonardo, y yo no hablo de vos.

Leonardo. No será por falta de pensarlo, si no os atreveis á decirlo. (*Dirigiéndose hácia el foro.*) Venid aquí... mirad esa barca atracada en frente de mi casa.

Juana. (*Bajo á Serafina.*) Maldita disputa!

Serafina. (*Id.*) Aquí es preciso pasar la vida temblando.

Leonardo. No está por ventura tan bien sentada en el agua como vuestros buques?... Ved cómo está eso trabajado y enclavijado!... es sólido eso?... tiene algo que ver con las matemáticas, señor docto? señor ingeniero, como ahora decís?

Serafina. (*Bajo á Juana.*) Todo lo va á echar á perder con su franqueza.

Juana. (*Id.*) No hay medio de hacerle señas.

Cocardeau. El *geniero* se ha quedado memo!... qué monada de barca!... qué cuca!... qué bien hecha está! (*Tanguy se acerca á la barca.*)

Leonardo. Examinadla á vuestro gusto... examinadla.

Tanguy. Quereis alabanzas, ó quereis la verdad?

Leonardo. La verdad... la verdad siempre... Os escucho.

Serafina. (*Ap.*) No tengo una gota de sangre en las venas. (*Juana se va por la puerta lateral de la derecha dando señales de impaciencia.*)

Cocardeau. (*Cruzándose de brazos con mucha gravedad y sentándose sobre la mesa.*) Os escuchamos.

Tanguy. Pues oid; si quereis seguir mi consejo, paseaos en vuestra barca cuando el cielo esté sereno y despejado; pero no os arriesgueis en ella cuando amenace temporal.

Leonardo. Y por qué, caballero?

Tanguy. Por qué? mirad... el costado izquierdo de vuestra barca está desnivelado; el palo mal sujeto, y en soplando un viento algo fuerte es fácil que vuestra barca zozobre bajo el peso de su velamen. Creedme, amigo mio, no espongais así vuestros dias... son demasiado preciosos para vuestra hija y vuestros ami-

gos. Habeis manifestado deseos de que os dijese la verdad, y os la he dicho. Pero todos esos son defectos pequeños y fáciles de remediar... ya hablaremos de ello cuando vuelva, porque me están esperando en el astillero. Quedad con Dios, señor Leonardo, y no me guardeis resentimiento por esto.

Leonardo. (*Con enfado.*) Id con Dios, señor sabio, id con Dios. (*Vase Tanguy por el foro y se dirige hácia la izquierda.*)

ESCENA V.

COCARDEAU. LEONARDO. SERAFINA.

Leonardo. (*Paseándose con agitacion.*) Con cuatro pelos en la cara y ya se cree un Salomon!... Oh! los jóvenes!... los jóvenes!...

Cocardeau. (*Yendo á él.*) A espacio, señor Leonardo... Decís que todos los jóvenes son sabios? á espacio... protesto... juro por las parrillas de San Lorenzo, mi patron, que no tengo la debilidad de ser sabio... no tengo ni tanto así... (y digo mucho) de sabio!... ah! es un insulto, señor Leonardo, suponerme á mí capaz... me teneis en muy poco si habeis creido... Vaya!...

Leonardo. (*Tomando un papel de encima de la mesa.*) Vamos, no alborotes tanto y vé á buscar á Mr. Gouvernad, capitan de ese buque mercante que acaba de entrar en el puerto; anda á que te abone esta cuenta.

Cocardeau. Voy corriendo, pero por el amor de Dios, no volvais á llamarme sabio, mirad que es cosa que me humilla. (*Al marcharse.*) Me río yo con los discípulos de la escuela pollinéquica! Muera la escuela pollinéquica! (*Vase por el foro.*)

ESCENA VI.

LEONARDO. SERAFINA.

Leonardo. Me ha gustado la presuncion del tal Tanguy!... Quererme probar...

Serafina. (*Acercándose á él.*) No penseis en eso, padre mio... Los jóvenes jamás son de la opinion de las per-

sonas de edad... cada generacion defiende su sistema, y algun dia el señor Tanguy encontrará otro jóven que querrá probarle que sus construcciones son viciosas; así es la vida... cada época tiene sus ideas... y esto debe haceros ver que ambos teneis razon.

Leonardo. Eso es! defiéndele ahora tú, dime que yo me enojo sin motivo.

Serafina. Pero padre mio... yo no he dicho...

Leonardo. Ah! Voto á todos los diablos!... Si yo hubiese tenido un hijo en tu lugar, á buen seguro que hubiera tolerado que viniera nadie á contradecir á su padre; pero el cielo no ha querido concederme ese consuelo. Oh! es cosa para desesperarse, cuando de padres en hijos, se ha seguido la carrera de constructor durante doscientos años, ver así su profesion despreciada y abatida! Sabe Dios con qué ansia aguardaba yo un sucesor... no dormia ni sosegaba, todo se me volvia ir y venir: hasta el agua salada tenia ya dispuesta para zambullirle en cuanto naciera... llega el momento... y adios esperanza! En vez del chico que codiciaba, sale una niña... una niña! Lo propio que si cuando está uno aguardando en casa á un amigo se le encajase un indiferente.

Serafina. (*Con sentimiento*.) Ah! padre mio!

Leonardo. Perdona... no me acordaba que estabas ahí... lo siento... me es imposible dominarme. Ya sé que tú no tienes la culpa... pero qué quieres? Siempre que te veo se me viene á la memoria que al echarte al mundo perdí á mi pobre mujer... á mi pobre Magdalena... por la cual no hay dia que no llore! Fué un golpe demasiado terrible; perder una escelente mujer por una hija! por una hija con quien ni aun puedo hablar en el dia, porque no entiende ni mis hábitos, ni mi lenguage... una hija á la cual conozco apenas, y que se avergüenza de mí tal vez...

Serafina. Cómo podeis pensar eso?

Leonardo. Ah! es que yo conozco los melindres de todas las que han sido educadas como tú, que sabes tocar el piano y no sabes ni hacer media... gracias á tu tia.

Serafina. La presencia de vuestra hija os afligia recordándoos á cada paso la pérdida de mi madre... por

eso mi tia me llevó consigo, creyendo hacer bien, y me cerró de ese modo las puertas de vuestro corazon. Si yo hubiese permanecido á vuestro lado, os hubieseis acostumbrado á verme y me querríais quizá, mientras que ahora...

Leonardo. Te aborrezco, no es verdad?... acaba.

Serafina. Oh! no quisiera creerlo, pero lo temo.

Leonardo. (*Paseándose agitado*.) Niñerías! No, soy brusco, pero te amo. Vamos á ver, tienes razon, te he apesadumbrado, no hablemos ya mas de esto y... (*La mira y la ve llorando*.) Lloras... ea, no nos faltaba mas.

Serafina. (*Serenándose*.) No, padre mio.

Leonardo. (*Colérico*.) Voto á brios!... ya sabes que no me gustan los lloriqueos! Llorar! eso es todo lo que sabeis hacer las mujeres.

Serafina. (*Con timidez*.) Mirad, si de nada os sirvo, si mi presencia os molesta... por qué no me casais?

Leonardo. Eso es! Criaremos nuestras hijas para los demás!... para tener siempre delante al caballerete yerno... que querrá meterse en todo, y dar su opinion sobre todo, y tirar siempre para sí. Y con quién habia de casaros además? quién habia de querer de vos? algun Tanguy quizás? un fátuo, un orgulloso, un mirliflor. Oh! por lo demás, estoy convencido de que haríais buenas migas juntos.

Serafina. En verdad, padre mio, que no sé lo que teneis hoy. Soy yo responsable de las palabras de Mr. Tanguy... estais de un humor...

Leonardo. Sí, tienes razon: la culpa es de ese pedante: decir que mi barca... una barca perfecta, que me hace tanto honor...

Serafina. (*Ap.*) La torpeza de Cárlos es imperdonable: he de decírselo cuando venga.

Leonardo. Ya se ve, es un niño que no se pára en barras. Apenas hará tres meses que se estableció en este puerto, y ya quisiera cargar con todas las obras. No ha sido poca dicha que me haya dejado las reparaciones y cosposturas del último buque: si yo no las hubiera pedido, de fijo se las dán; pero cuidado conmigo... si llego á cansarme...

ESCENA VII.

DICHOS. COCARDEAÙ.

Cocardeau. Estoy lelo!... me he quedado atónito! debe habérseme alargado la cara un palmo por lo menos.

Leonardo. Te has vuelto loco?

Cocardeau. No lo sé, pero mi cabeza corre peligro... los ojos me centellean, los piés me hormiguean y mi pobre humanidad se tambalea... sostenedme, señor Leonardo.

Leonardo. Oyes, crees que estoy de humor de oir tus sandeces... anda que te sostenga el diablo.

Cocardeau. A que no adivinais lo que he visto? Mi mujer... mi malvada mujer con un chiquillo en brazos! y no como quiera, sino un chiquillo de carne y hueso, y con chaqueta como vos y yo... á su edad!

Serafina. (*Ap.*) Cielos!

Cocardeau. Y la pícara le besaba!... con unos besos que tenian un carácter de maternidad que metian miedo.

Leonardo. Y qué?

Cocardeau. Cómo y qué?... De quién es ese chiquillo?

Serafina. (*Vacilando.*) De algun vecino seguramente.

Leonardo. Sin duda.

Cocardeau. Oh! no señor, no: yo conozco todos los chiquillos de todos los vecinos... ese es bulto de contrabando.

Leonardo. Serafina, tú sabrás quizás?...

Serafina. (*Temblando.*) Yo no... no sé nada... ignoro...

Leonardo. (*Yendo á ella.*) Pero por qué tiemblas? que significan esa palidez... esa turbacion?

Serafina. No estrañeis mi turbacion, padre mio, las injustas sospechas de Cocardeau sobre Juana, sobre mi pobre hermana de leche...

Leonardo. (*Mirándola fijamente.*) Ni que se tratára de tí estarias mas alterada. Será posible que sepas tú algo y me lo ocultes... Serafina, habla pronto, di lo que sabes, yo te lo mando.

Serafina. (*Trémula.*) Por piedad, calmaos, padre mio, calmaos.

Leonardo. Oh! es que me ha asaltado una horrible sospecha!... Habla ó vete, porque sería implacable con una hija que me hubiese deshonrado!

ESCENA VIII.

DICHOS. JUANA.

Juana. (*Que ha oido la última frase al salir, dice aparte.*) Llego á tiempo.
Leonardo. (*A Serafina.*) Habla, ó vete.
Cocardeau. De quién es?
Juana. (*Acercándose.*) No lo has adivinado?
Cocardeau. Adivinar? Soy yo acaso lince para adivinar charadas? Madama Cocardeau, de quién es ese chiquillo?
Juana. (*Con frialdad.*) Mio.
Codardeau. (*Estupefacto.*) Tuyo! (*Leonardo se separa con desprecio y va á mirar los libros de la mesa.*)
Serafina. (*Bajo á Juana.*) Qué haces!
Juana. (*Id.*) Salvaros.
Cocardeau. (*Próximo á su mujer.*) Tuyo! tuyo! y yo! y yo! Señora Cocardeau, mirad lo que decís... nosotros hace un año que somos casados... y el angelito tiene dos años lo menos. Cómo se arregla esto?
Juana. No me pidas esplicaciones, porque no puedo dártelas.
Cocardeau. Eh!!!
Leonardo. (*Viniendo á colocarse entre los dos.*) Basta, Cocardeau, basta. (*A Juana.*) Vuestra conducta es indigna... desde este momento no estais á mi servicio.
Serafina. (*Ap.*) Cuánto sufro!
Cocardeau. Juana, ya no estais tampoco á mi servicio.
Leonardo. Que dentro de una hora sepa yo que habeis salido de mi casa, ó de lo contrario...
Serafina. Padre mio, por piedad... es mi hermana, mi compañera de infancia... Oh! perdonadla... perdonadla.
Leonardo. El que olvida sus deberes no espere nunca de mi piedad ni perdon. Que no vuelva yo á veros nunca.
Serafina. (*Siguiendo á su padre.*) Oh! yo no puedo permitir por mas tiempo... Padre mio, sabed...
Juana. (*Bajo á Serafina.*) Silencio, porque mandará anular vuestro casamiento.
Leonardo. (*Rechazando á su hija.*) Sígueme, Cocardeau. (*Vase por la puerta lateral izquierda.*)

Cocardeau. Quitad allá, señora Coc... no, ya no sois digna de llevar el hermoso nombre de Cocardeau... ba!... ba!... Oh! yo averiguaré á quién debo ese desaire... y entre tanto te lanzo mi maldicion... y tambien á nuestro... quiero decir, á tú... no, á su hijo... Huh!

ESCENA IX.

SERAFINA. JUANA.

Serafina. (*Echándose en los brazos de Juana.*) Juana mia, cómo podré yo pagarte el sacrificio que acabas de hacer por mí... debiera habérselo confesado todo á mi padre... Oh! me he portado muy mal contigo!

Juana. Yo no he hecho sino mi deber, señora, no lloreis por Dios... A vos os soy deudora de lo que soy y de lo que sé, y habiéndose presentado una ocasion de probaros mi agradecimiento, no he querido despreciarla... Haría con gusto lo que he hecho si menester fuese otras mil veces.

Serafina. Pero es que te has perdido, te has deshonrado por mí.

Juana. Nada importa: era preciso evitar el primer ímpetu... Si vuestro padre hubiese llegado á saberlo todo, quién sabe adónde su cólera le habria arrebatado?... Señora, nada temais, todo se compondrá; iremos preparando poco á poco á vuestro padre, el señor Tanguy le hablará, y no dudeis que conseguirá convencerle. Cocardeau se desengañará y haremos las paces... Nada temais, os repito, tranquilizaos.

Serafina. Ah! ojalá sea cierto todo eso que estás diciendo, pero no me atrevo á esperar...

ESCENA X.

DICHAS. TANGUY.

Tanguy. (*Por el foro.*) Le he visto, le he visto... estoy loco de alegría! No hay placer comparable al de un padre estrechando á su hijo entre sus brazos.

Serafina. (*Llorando.*) Y yo no he podido verle!... ignoro cuándo podré abrazarle!

Tanguy. Pero qué es esto?... qué tienes?... por qué lloras?...

Serafina. Ah! si supieses lo que ha sucedido!

Juana. Nada, sino que como Cocardeau es tan bruto, con perdon sea dicho, á poco mas se entera de todo el señor Leonardo... Yo no sé por qué casualidad aquel majadero vió á vuestro hijo, y empeñado en que se le habia de decir de quién era.

Serafina. Mi padre llegó ya á sospechar, y á no ser por el sacrificio que ha hecho Juana...

Juana. Buen sacrificio á fé mia!... que me lo he apropiado! Y qué?... Si es tan lindo que eso no puede causar deshonra á nadie. Ea, no se hable mas de este asunto y aprovechemos el tiempo. El amo me ha despedido, y yo estoy como cuando no quiero; he resuelto no moverme... Guerra! guerra!... para que luego tengamos paz, se entiende.

Tanguy. Gracias, Juana, pero este misterio no puede serlo mucho tiempo; yo me canso ya de esta falsa posicion. Es menester, Serafina, por mi honor y por el tuyo que salgamos de ella, y saldremos. Ha llegado el momento de las esplicaciones.

Serafina. Cielos! me parece oir á mi padre.

Tanguy. Que venga! le espero: las caricias de mi hijo me han reanimado; ya es preciso que todo lo sepa.

Serafina. Por Dios, ten prudencia; mira que no me aparto de aquí. Estoy temblando.

Tanguy. Tranquilízate, Serafina mia, no echaré en olvido el respeto que á tu padre debo. mas prudente acaso que él, sabré reprimirme: creo que quedarás contenta de mi moderacion.

Juana. (*Que estaba escuchando á la puerta de la izquierda.*) Ya está aquí. Yo me eclipso, no sea que se enfurezca. (*Vase por la puerta de la derecha.*)

ESCENA XI.

LEONARDO. TANGUY. SERAFINA, *al foro.*

Leonardo. (*Entra sin ver á nadie con una carta abierta en la mano.*) Bien lo decia yo! todo para él! otra injusticia mas... la juventud es la preferida. Maldito

siglo!... á los cincuenta años ya es uno inútil. (*Reparando en Tanguy, que se le ha acercado.*) Vos por aquí?

Tanguy. Señor Leonardo, confieso que esta mañana he sido quizá demasiado franco; pero eso nada tiene de particular, vos defendeis vuestro sistema, y yo el mio con demasiado calor indudablemente. Suplícoos, pues, que me deis la mano en prueba de olvido y de amistad.

Serafina. (*Bajo á Tanguy.*) Así, así.

Leonardo. No tengo inconveniente. Tomadla. (*Ap.*) Con ese tono de humildad me ha desarmado. (*Alto.*) Habeis nacido con buena estrella, señor Tanguy; cuanto deseais otro tanto conseguís. Mirad, leed ahí. (*Dále la carta.*)

Serafina. (*Ap.*) Qué dirá esa carta?

Tanguy. (*Despues de haber leido algunos renglones.*) Me conceden lo que pedia. Oh! señor Leonardo! Ser... (*Conteniéndose.*) Señorita, estoy tan contento!

Leonardo. Seguid, y leed alto.

Tanguy. (*Leyendo.*) «Las luces, la instruccion del ingeniero son la garantía de la gente que va á bordo, y yo no puedo dejar nada á la casualidad.»

Leonardo. (*Con despecho.*) Es claro!... solo ellos saben hacerlo bien!

Tanguy. (*Continúa.*) «Siento mucho, mi querido Leonardo, no poderos confiar la direccion de los trabajos que decís.» (*Interrumpiéndose.*) Pues cómo?... vos queríais?... Todo se puede arreglar aun... trabajaremos juntos.

Leonardo. (*Atónito.*) Qué decís!

Tanguy. Sí, y partiremos las ganancias. Me envaneceré de asociarme al decano de nuestros constructores.

Serafina. Gracias, señor Tanguy, gracias.

Leonardo. No lo considero imposible. (*Ap.*) Este tiene alguna segunda intencion por fuerza.

Tanguy. (*Despues de haber mirado á Serafina, que procura animarle.*) Y luego, si quisiérais... pero yo no sé cómo hablaros de un asunto... de tanta gravedad... de un asunto á que va enlazada la dicha de toda mi vida.

Leonardo. (*Impaciente.*) Hablad, hablad pues... nada, como buen marino, franqueza absoluta.

Tanguy. (*Titubeando.*) Pues bien, qué me contestaríais

si os dijese que amo á vuestra hija desde el momento que tuve la dicha de verla por la primera vez?

Leonardo. (*Ap.*) Eso es, una conspiracion en mi casa.

Tanguy. Que vos sois dueño de mi suerte, de mi porvenir, de mi ventura?

Serafina. (*Ap.*) Ah! Qué responderá?

Leonardo. Es decir que tratais de ser á un tiempo socio y yerno mio? Bien está: antes de responderos quiero haceros una pregunta. Me cedeis una parte en la tarea y en las ganancias? y los trabajos quién los dirigirá?

Tanguy. (~~*Perplejo.*~~) Quién los dirigirá?

Leonardo. Sí; vos ó yo?

Tanguy. (~~*Con firmeza.*~~) He podido sacrificar mis intereses; pero tratándose aquí de la salvacion de una multitud de personas... no debo vacilar. Yo soy el único responsable para con el armador.

Leonardo. (~~*Conteniendo su cólera.*~~) Y eso significa que yo soy un trasto inútil, un viejo que ya no sirve mas que para vigilar á los trabajadores, y para serviros de suegro porque no podeis pasar por otro punto.

Tanguy. Me habeis entendido mal.

Leonardo. (~~*Furioso.*~~) No, os he entendido demasiado bien, y tened presente lo que voy á deciros... jamás sereis mi yerno. (~~*Acercándose á su hija.*~~) Como amo de mi casa, os prohibo que os presenteis en ella de aquí en adelante... guardaos vuestros trabajos, yo guardo mi hija.

Tanguy. Señor Leonardo... si supiéseis...

Serafina. (~~*Imponiendo silencio á Tanguy con ademan suplicante.*~~) Ah!

Leonardo. Idos, idos de aquí, caballero. Serafina, os prohibo que volvais á hablar á ese hombre.

Tanguy. (~~*Cercan ya de la puerta.*~~) Ya me voy... pero solo por ella, lo entendeis? No tardaremos mucho en volvernos á ver. (*Vase.*)

ESCENA XII.

LEONARDO. SERAFINA.

Leonardo. Aun se atreve á amenazarme! Bien, que

vuelva cuando quiera, siempre me encontrará. (*A su hija.*) Estabas de acuerdo sin duda con él?... te sentias dispuesta á amarle... le amabas quizá?... Ah! si llegase á saberlo de cierto, te aseguro que...

ESCENA XIII.

DICHOS. COCARDEAU. JUANA, *en el gabinete, cuya puerta ha entreabierto al oir las amenazas de Leonardo.* TANGUY, *que al parecer ha seguido á Cocardeau, y que se pone á escuchar en el foro.*

Cocardeau. Uf! desde esta mañana estoy andando por un camino sembrado de ortigas.
Leonardo. (*Incomodado.*) Qué hay?
Juana. Ya está aquí otra vez este pájaro de mal agüero.
Cocardeau. Se trata del chico... prosigue el capítulo del chico. Uf! uf! yo necesito tomar alguna cosa.
Leonardo. Quieres hablar, animal?
Cocardeau. Estoy amarillo, verdad? Estos sucesos son capaces de mudar el color á un negro!
Leonardo. Pero qué significa todo eso?
Serafina. (*Ap.*) Qué dirá?
Juana. Ese majadero va á hacer otra de las suyas.
Cocardeau. Pero dónde diablos la conocería! — Voy á contaros el lance. Pasaba yo por casa de la tia Gabriela, mi suegra por mal nombre, procurando espiar á la criatura en cuestion y con intenciones de que hablase, sin hacerle daño; pobre chico! porque al cabo es pariente mio por parte de mi horrible mujer. Pues como iba diciendo, estaba yo en acecho, cuando oigo al angelito charlando con un sugeto... y, regla general, en tales casos un sugeto es siempre el padre. En efecto: «llámame tu papá... dá un beso á tu papá.»
Serafina. (*Ap.*) Cielos!
Cocardeau. Y amigo, el chico salpicaba sus frases con tanto papá por aquí, y papá por allí, que ya fastidiaba á quien le oia. Por último, logré saber que el papá de que se trata, el corsario de mi mujer...
Serafina. (*Ap.*) Yo tiemblo.
Cocardeau. Es el señor Tanguy.
Leonardo. Tangüy!... Infame!

Serafina. (*Ap.*) Todo se conjura en nuestro daño.

Leonardo. Y se atrevia aun á pedirme la mano de mi hija! Insolente! Ya ves, Serafina, que el despego que yo sentia hácia él era natural. Todos esos mozalvetes son unos libertinos consumados, gente perdida!

Cocardeau. Son unos canallas!

Leonardo. Y vosotras os prendais de sus bellas apariencias.

Cocardeau. Ellas se prendan!

Serafina. Padre mio, no lo creais, Cocardeau se ha equivocado por fuerza.

Cocardeau. Que me he equivocado! Muchas gracias!

Serafina. El señor Tanguy es incapaz...

Leonardo. Y osais en mi presencia sacar la cara por él? Ah! infeliz de tí si despues de tan infame conducta tienes la debilidad de amarle. Te juro que jamás será esposo tuyo; y si volviese á entrar en esta casa... pobre de él! le mataría. (~~*Vase por la izquierda.*~~)

Cocardeau. Oh!... sí... sí... pobre de él, si se atreve á comparecer en mi presencia... le matará el señor Leonardo. (~~*Sigue á Leonardo.*~~)

Serafina. (~~*Cayendo en brazos de Juana.*~~) Oh! tantos disgustos á un tiempo!... Juana, yo fallezco. Padre mio!... Cárlos!

ESCENA XIV.

DICHAS. TANGUY.

Tanguy. (~~*Que ha esperado que Leonardo se marchase para entrar.*~~) Serafina, vuelve en tí; soy yo, Cárlos.

Serafina. (~~*Volviendo en sí.*~~) Ah! vete, vete... apártate de mí. Si supieras lo que ha dicho...

Tanguy. Lo sé, todo lo he oido: ahora escúchame. Juana, ten cuidado no nos sorprendan.

Juana. (~~*Yendo á la puerta de la izquierda.*~~) Descuidad.

Tanguy. Serafina, ya lo has visto; en vano he tratado de ablandar á tu padre; le he hecho todas las concesiones posibles, le he suplicado inútilmente... yo! que jamás he suplicado á nadie! Ah! ese hombre no tiene corazon de padre! Así, pues, no es ya á la hija

á quien hablo, sino á la esposa... á la madre. Yo no puedo vivir mas tiempo separado de mi mujer y de mi hijo.

Serafina. Cielos! qué tratas de exigir?

Tanguy. Serafina, por el amor y ternura que debes profesar á tu hijo te ruego encarecidamente, y si es menester te mando, que abandones esta casa. Dentro de una hora debe hacerse á la vela, para los Estados-Unidos, un buque mercante que está anclado aquí cerca; he hablado ya al capitan, y no tiene inconveniente en admitirnos á bordo. Allí se trabaja lo mismo que aquí: con ánimo y constancia se hace fortuna lo mismo que en este pais. Partamos pues.

Serafina. Ah! yo no puedo abandonar á mi padre.

Tanguy. No puedes abandonarle cuando tu sola presencia le irrita, cuando el verte le enfurece?

Serafina. Eso no importa; yo necesito verle continuamente.

Tanguy. Ver á un padre que te aborrece!

Serafina. Pero yo le adoro.

Tanguy. Y tu esposo? y tu hijo?... Vacilas? Bien, quédate... yo tambien le aguardo... le aguardo aquí... en su casa.

Serafina. (*Desesperada.*) Tú aguardarle aquí! para que te mate, no es esto? Ah! Cárlos! Cárlos! ya te sigo.

Juana. Y yo tambien. Así aprenderá mi marido á no ser zoquete.

Serafina. Pero al menos déjame que escriba cuatro letras á mi padre. No quiero que maldiga á su hija, que la crea deshonrada; no, no, quiero decírselo todo... quizá me perdone.

Tanguy. Bien, díselo, escepto adonde vamos; mas adelante se lo haremos saber. (*Serafina llorando pónese á escribir.*)

Juana. Pronto, pronto, no se le antoje venir... no haga alguna otra mi dichoso marido. (*Va á mirar á la puerta de la izquierda; luego entra en el gabinete de la derecha.*)

Tanguy. (*Mirando por el foro.*) La lancha está amarrada todavía. Recogeremos á Jorge al pasar, y en un instante estamos á bordo. (*Métese en la barca y hace los preparativos para partir.*)

Serafina. (*Acabando de escribir.*) Abandonarle así!... sin abrazarle... y quizá no le volveré á ver mas. Ah, Cárlos! qué sacrificio tan cruel exiges de mí! (*Levántase.*) Dios mio! bien sabeis vos que no soy culpable, que mi corazon estaba consagrado á mi padre, y que merecia que me hubiese amado.

Juana. (*Con el sombrero para Serafina y unos lios de ropa.*) Vamos, señora, ánimo.

Tanguy. (*Desde la barca.*) Serafina! Serafina!

Juana. Señora, que nos llama... los besos de vuestro hijo os harán olvidar la dureza de vuestro padre. Vamos. (*Llévansela casi á la fuerza; entran en la barca, que á poco desaparece. Señales de temporal.*)

ESCENA XV.

LEONARDO.

(*Sale muy despacio y reflexionando.*)

Todavía no puedo llegar á concebir tanta audacia!... bajo la capa de franqueza y lealtad!... fiaos en las apariencias... Y luego venirse hablando mal de mi obra! de mi barca!... hubiera preferido mil injurias dirigidas á mí mismo. No sé lo que tengo hoy... siento un peso en la cabeza... las piernas me flaquean... nada he podido trabajar en el astillero... hace mucho daño encontrar el vicio y la infamia en donde esperaba hallar uno honor y probidad: porque, en fin, á no ser por ese comportamiento infame, yo hubiera podido consentir algun dia en ese enlace... El tiempo se pone malo... (*Siéntase junto á la mesa.*) Creí oir á mi hija... Oh! no, no vendrá; está reñida conmigo... Qué cosa tan triste es estar solo!... (*Llamando.*) Serafina!... (*Momento de silencio.*) Tiene razon... para qué ha de venir á ver á un padre que tan mal la trata? Leonardo, haces mal. No es acaso hija tuya? hija de Magdalena, que te está mirando desde el cielo, y que reprueba tu conducta sin duda?—Serafina! Serafina! (*Llamando.*) No responderá... tambien es porfiada! Serafina! Serafina! no se me obedece ya?—No, tiene la audacia de castigar á

su padre. Vive Dios!... (*Al decir esto dá un fuerte golpe sobre la mesa, y repara en la carta de Serafina.*) Qué es esto? una carta... de mi hija! qué presentimiento! mi mano tiembla! á mis ojos se agolpan las lágrimas... apenas puedo... (*Lée.*) «Padre mio, »perdonadme si os abandono por seguir á mi hijo y á »mi esposo; Dios os haga feliz! no me maldigais.» Que no te maldiga!... infame!... Era suyo! Ahora comprendo su turbacion, su palidez... Era ella la seducida!... Oh! debiera haberle muerto esta mañana... Y ella abandona así á su anciano padre... á mí, que hace poco me reprobaba á mí mismo... se han embarcado... hija ingrata!... infame raptor!... el cielo me hará justicia!... Ojalá ese mar alborotado os sirva de sepultura!... Yo os maldigo. (*Truenos y relámpagos.*) Os mal... (*No puede terminar esta frase; quédase como aniquilado: de pronto se levanta y corre á la puerta del foro, cual si le hubiese despertado otro trueno.*) Dios mio!... ellos son; sí... bien los veo... Qué has dicho, padre cruel? Escucha... la tempestad te obedece... desdichados! y se han embarcado en mi barco!... allí están... Oh! tenia razon ese hombre, el velámen es muy pesado; ahora lo veo, pero ya es tarde... (*Truena.*) Ah! (*Apenas se atreve á mirar.*) No... allí está todavía... (*Arrodíllase.*) Gran Dios!... Tú no habrás escuchado las maldiciones de un viejo insensato... Oh!... ahora lo conozco... soy padre... amo á mi hija... Y ella habia creido que no la amaba... la culpa es mia. Oh! sí, mia... hija de mi corazon, perdóname... (*Trueno y rayo.*) Ah! Dios omnipotente, quítame la vida, y salva á mi hija! (*Cae desmayado.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala de una fonda. Puerta de entrada al fondo; puertas laterales numeradas. Sillas: á la derecha una mesa con papeles, libros, etc.; á la izquierda un sillon; en las paredes varios cuadros con dibujos de buques, planos, etc.

ESCENA PRIMERA.

JUANA. SERAFINA. JORGE. CÁRLOS TANGUY. ADONIS. UNA NEGRA. UN NEGRITO. *Los tres últimos al foro.*

(*Al levantar el telon Tanguy cierra un libro que tiene en la mano; supónese que ha concluido de leer las preces matutinas. Los niños permanecen arrodillados todavía, y continúan sus oraciones. Serafina en pié detrás de ellos.*)

Jorge. Concédenos, Dios mio, el que seamos buenos y juiciosos. Conservad la salud á papá, á mamá y al abuelito; otorgadnos la gracia de ver á este cuanto antes, y haced que nos ame como nosotros le amamos.

Serafina. (*A media voz.*) ¡Y que nos perdone! (*Levántanse los niños, abrázalos su madre y se enjuga las lágrimas.*)

Juana. (*Poniendo en su sitio el libro que Tanguy le ha dado.*) ¡Perdonar! Sí, sí... facilito es eso... no he visto viejo mas testarudo.

Serafina. Juana... por Dios... no hables así delante de los niños.

Jorge. (*A su madre.*) Mamá, mucho tiempo hace ya que

pedimos á Dios el ver al abuelito, y no parece... No sería mejor irle á buscar?

Serafina. (*Mirando á Tanguy.*) Puede que algun dia...

Tanguy. Sí... algun dia.

Jorge. Tú nos dices que es preciso quererle, pero eso sería mas fácil si le conociésemos... tú le quieres mucho porque le conoces y sabes que es bueno, y porque te ha acariciado y te ha comprado juguetes y caramelos... pero nosotros...

Serafina. Hijos mios, es menester que le ameis como á Dios, sin haberle visto.

Tanguy. Debeis quererle porque os ha dado una buena madre.

Cárlos. / *Jorge...* } Oh! eso sí.

Serafina. Ea, idos ya á jugar. (*La negra coge á los niños de la mano, y vanse todos con el negrito por la derecha.*)

Juana. (*Ha cogido una cesta.*) Yo me voy á la compra. Adonis, ven conmigo, tú podrás ir dando las señas de la casa á los viajeros que desembarquen. Ayer señalaban la llegada de varios buques franceses, y nuestros compatriotas no deben hospedarse mas que aquí (*Al negro.*) Ea, echa adelante, copo de nieve. (*Vanse por la la puerta del fondo.*)

ESCENA II.

SERAFINA. TANGUY.

Tanguy. (*Que se habia puesto á arreglar los papeles de la mesa, se acerca á Serafina, que está trite y pensativa.*) Serafina! estás triste!... lloras!... por qué? qué es lo que tienes?

Serafina. No lo sabes?

Tanguy. Ah!... sí... sin duda alguna las preguntas del niño han despertado tu dolor. Y sin embargo, ya ves que en Nueva-Orleans hemos encontrado por fin el sosiego, la felicidad...

Serafina. Pero yo he abandonado á mi padre en Francia.

Tanguy. Y qué remedio? qué otra cosa podíamos haber hecho? cuál era tu existencia?... vivir en una contí-

nua y penosa sujecion, víctima de un injusto rencor, y separada de tu esposo, de tu hijo... Yo tampoco podia hacer nada por vuestro porvenir, por vuestra fortuna, en aquel estrecho recinto en que faltaba trabajo á mi actividad, y gloria á mi ambicion. Obligado á verte continuamente espuesta á malos tratamientos... me hubiera sido imposible sufrir por mas tiempo, hubiera llegado el caso de romper abiertamente con tu padre; de constituirme en defensor tuyo, y Dios sabe adónde le hubiera arrastrado la violencia de su carácter... Hace cuatro años que nos separamos, y...

Serafina. Para siempre tal vez.

Tanguy. Pero á lo menos en estos cuatro años hemos vivido tranquilos y felices.

Serafina. Felices!

Tanguy. Sí... felices!... Tu inteligencia y disposicion han covertido esta casa en la primera fonda de Nueva-Orleans; mis conocimientos y el título de alumno de la escuela Politécnica me han valido la confianza de un sin número de negociantes; y en fin, nos amamos como en los primeros dias de nuestro enlace... no es cierto? qué es lo que te falta? qué es lo que deseas?

Serafina. El perdon de mi padre.

Tanguy. Le tendrás.

Serafina. Ah!... no lo creo. Haber dejado sin costestacion tantas cartas como le hemos escrito! Tú estás bien seguro de que todas han llegado á sus manos, no es cierto?

Tanguy. (*Vacilando un poco.*) Sí, sí.

Serafina. Haberle dejado solo!... á su edad!... ah! yo debia haberlo sufrido todo antes que abandonarle... Quizás estará enfermo, si es que no ha muerto ya maldiciendo á su hija...

Tanguy. Serafina, por Dios... tranquilízate. Mira, yo he tenido noticias de allá. Tu padre redujo á metálico todos sus bienes, y dejó la Bretaña, viajando por distraccion en compañía de su amigo Cocardeau. Ya ves que tus recelos son infundados.

Serafina. Entonces le dura aun su rencor.

Jorge. (*Viene corriendo.*) Mamá, mamá, que vayas á arreglar la cuenta de un viajero.

Serafina. Voy. (*Dando un beso á su hijo.*) Dios mio!... es posible que haya quien no ame á sus hijos! (*Vase con Jorge.*)

ESCENA III.

TANGUY.

Sí, su rencor dura todavía, y el miedo de sus efectos es el tormento de mi vida. Mientras Serafina no salga de su menor edad, todo es de temer... Tiene su padre un corazon tan duro! —Infeliz esposa mia! su llanto, su dolor es el único pesar que hoy dia conozco... y no me es dado consolarla... (*Siéntase.*) Tiemblo... me sonrojo cada vez que de su padre me habla; porque la he engañado no enviando sus cartas... no escribiéndole yo tampoco... Y para qué habia de escribirle? para que diese mas pronto con nosotros... porque estoy cierto que nos anda buscando... sus viajes no pueden tener otro objeto. El quisiera reclamar á su hija, menor todavía, casada sin su consentimiento... Segun nuestras leyes, tiene derecho de quitármela... y lo hará. Ahora al menos ignora dónde nos hallamos... ni siquiera habrá vuelto á oir hablar de nosotros... Ah!... si nos hubiera olvidado enteramente!

ESCENA IV.

JUANA. TANGUY.

Juana. (*Entra corriendo y sin aliento.*) Señor, qué desgracia!... (*Siéntase.*) Disimuladme si me siento, pero mis piernas no pueden conmigo. Dimos al traste con todo.

Tanguy. Qué! estás mala!... qué te ha sucedido?

Juana. Señor... he visto al diablo, ó lo que es lo mismo, á mi marido.

Tanguy. A tu marido!

Juana. Sí señor; á Cocardeau en persona; siempre la misma facha; únicamente me parece que ha engordado un poco.

Tanguy. Y estaria tambien con él el señor Leonardo?

Juana. Lo que es á ese no le he visto... porque ya podeis figuraros que al divisar tal fantasma eché á correr huyendo de él como de la peste.

Tanguy. (*Muy agitado.*) Oh! sí... sin duda alguna acompaña al señor Leonardo. Bien me lo temia yo.

Juana. Nunca lo hubiera creido!

Tanguy. El padre ha descubierto nuestro asilo, y viene á reclamar á su hija.

Juana. Y Cocardeau vendrá á hacer conmigo otro tanto.

Tanguy. Oh! pero no ha de salirse con la suya.

Juana. Lo que es yo... me divorcio.

Tanguy. Te ha conocido Cocardeau?

Juana. No señor, no me ha visto. Estaba en el puerto sentado en un poyo, con los brazos cruzados y una pierna encima de la otra, mientras reunian á su alrededor todo su equipage.

Tanguy. Entonces todavía podemos marcharnos antes que dén con nuestra casa.

Juana. Cá! eso es imposible. Si van á venir aquí en derechura! el negro les dió las señas, y yo oí que Cocardeau mandaba que tragesen aquí el equipage. Entonces se me aumentó el miedo, y eché á correr dejando á Adonis para que los guiase.

Tanguy. A mi casa!... Vendrá á mi casa el padre de Serafina!... Bien está; así acabaremos de una vez! Tambien soy yo esposo y padre, y tengo mis derechos, que defenderé á todo trance. Ahora es preciso preparar á Serafina. Escucha, Juana; la dirás en primer lugar que... Cielos! aquí viene!

ESCENA. V.

DICHOS. SERAFINA.

Serafina. Cárlos, no vas á almorzar?

Tanguy. (*Turbado.*) Sí... ahora voy... al momento... (*Cogiéndola una mano.*) Pero antes... quisiera hablarte.

Serafina. De qué? qué hay? estás turbado... trémulo!... (*Acercándose á Juana.*) Y Juana... tambien está conmovida.

Juana. Caramba! es que hay porque estarlo.

Serafina. Pero qué ha sucedido? decídmelo por Dios... han llegado buques de Francia? se han recibido malas noticias? habrá muerto mi padre?

Tanguy. No, Serafina, no... sosiégate. Te juro que no es eso lo que causa mi turbacion... tu padre, segun noticias recientes, está bueno.

Juana. (*Con pesadumbre, yéndose.*) Y Cocardeau tambien, que es lo que mas siento.

ESCENA VI.

SERAFINA. TANGUY.

Serafina. (*Atónita.*) Pero por dónde habeis sabido?...

Tanguy. Acabo de recibir ahora mismo una carta en que me avisan que los dos iban á embarcarse para Nueva-Orleans.

Serafina. Será posible!... al fin volveré á verle!... no habrán sido desatendidas mis súplicas al Todopoderoso!

Tanguy. No... y queria decirte dos palabras, para prepararte á esa entrevista. Escucha, Serafina: ya sabes que habiéndonos casado secretamente, al pié del lecho de tu tia moribunda, no se observó en nuestro casamiento ninguna de las formalidades prescritas por la ley.

Serafina. Lo sé; pero no fué bastante que un sacerdote recibiese nuestros juramentos y nos echase su bendicion?

Tanguy. Desgraciadamente no; faltó una condicion esencial, indispensable, sin la cual puede declararse nulo nuestro enlace: el consentimiento de tu padre.

Serafina. Tal vez venga ahora para dárnosle.

Tanguy. Así lo espero... pero tambien es muy posible que tenga otras intenciones, y solo con reclamar el apoyo de las autoridades francesas, puede separarnos... la voz de un padre siempre es escuchada!



Serafina. Dios mio! pero despues de tanto tiempo como hace que sabe nuestro enlace y nuestra residencia en América, tendrá derecho para romper esta union, no habiendo antes protestado una vez siquiera?

Tanguy. Es que nada sabia, Serafina... ignoraba nues-

tra residencia, porque yo te he engañado; temiendo su oposicion y su cólera, no le he escrito.

Serafina. Oh! y qué habrá creido entonces?

Tanguy. Nuestro silencio ha sido criminal... así lo habrá el juzgado, y con razon... pero ya está hecho y no hay remedio; es preciso sufrir las consecuencias de esta falta... que yo solo he cometido. Así, pues, tienes que escoger entre tu padre y tu marido, lo mismo que hiciste en Francia cuatro años há.

Serafina. Cárlos, lo que allí hice haré tambien aquí.

Tanguy. Pues bien, impon silencio á tu corazon, y déjate guiar por mi amor y mi prudencia.

Serafina. Qué tratas de hacer?

Tanguy. Debes estar bien persuadida de que deseo tanto como tú una reconciliacion que nos devuelva la tranquilidad... pero conoces el carácter violento de tu padre, y debes por lo mismo dejar que yo solo me arriesgue á la primera entrevista. Quiero saber cuáles son sus intenciones, y luego que haya descargado sobre mí toda su cólera, cuando ya no abrigue su corazon mas que los sentimientos de padre... entonces te presentaré á él... y sin duda alguna...

ESCENA VII.

JUANA. SERAFINA. TANGUY.

Juana. Ya vienen, ya vienen... El señor Leonardo y mi marido!

Serafina. Mi padre... aquí ya!... y me estabas diciendo...

Tanguy. Queria prepararte antes.

Serafina. Mi padre!... mi padre, á quien abandoné y á quien no he visto hace cuatro años!... y no he de salir á recibirle, á echarme á sus piés!

Tanguy. (*Deteniéndola.*) Serafina!... Serafina!... piensa en tu marido, en tus hijos!... una imprudencia puede perdernos á todos.

Juana. Ya están aquí!... ya están aquí!...

Serafina. (*Cayendo en los brazos de Tanguy.*) Haz lo que quieras!... confio en tu cariño, en tu prudencia...

Tanguy. (*Queriéndosela llevar.*) Vamos, ven.

Serafina. (*Resistiéndose todavía.*) Ah!... deja que le vea siquiera.

Tanguy. (*Llevándosela.*) Luego! luego!

Serafina. Dios mio! Dios mio!... devolvedme el corazon de mi padre!

Juana. Qué bueno sería que no reparase en mí el bruto de mi marido! (*Tanguy y Juana llevan á Serafina por la derecha: al mismo tiempo aparece Adonis en la puerta del fondo haciendo señas á los viajeros para que entren.*)

ESCENA VIII.

LEONARDO. COCARDEAU. ADONIS.

(*Leonardo, viejo y cascado, con el pelo blanco. Cocardeau sumamente gordo.*)

Adonis. Señora, viajeros venido, señora.

Cocardeau. Señora, señora... negro de los demonios, si aquí no hay nadie, á quien estás hablando?

Adonis. Buscar señora!... Buscar señora!... (*Vase por la derecha.*)

ESCENA IX.

LEONARDO, *sombrío y receloso, en el sillon.* COCARDEAU.

Cocardeau. Sí, vete, vete á buscar á la señora. Caramba! y qué confiados son en este otro mundo! No tienen miedo á los ladrones... Bien que tal vez no se conozca aun aquí esta industria. Pues, señor, no me desagrada este pais; al contrario, empieza á gustarme, y eso que apenas le he visto... pero lo que me gusta mas que todo en esta patria de la libertad, es ese sin número de esclavos; cuando yo deje de ser criado he de tener muchos esclavos... Y á vos, qué os parece, señor Leonardo? Qué decís de esto? estais por fin decidido á estableceros aquí?

Leonardo. Establecerme aquí!... detenernos?... no... la variacion de paises, de climas, me ocupa, me distrae.

Cocardeau. Magnífico! El mismo genio... la misma manía de gruñir en todas partes.

Leonardo. Es que sufro mucho en todas partes! es que llevo mis pesares por do quiera.

Cocardeau. Sí, pero me parece que ya es tiempo de que nos paremos en alguna parte: hace tres años que estamos paseándonos por mar y tierra, y ál paso que vamos dejaremos atrás al judío errante.

Leonardo. Tres años!... sí! y hace cuatro que la perdí! que la asesiné!

Cocardeau. No fuísteis vos... De cuando en cuando se os ocurren unos desatinos! Fué el señor Tanguy... que á mí tambien me dejó sin mujer; pero lo que es yo, maldito el rencor que por eso le guardo... al contrario, le perdono con todas las veras de mi corazon.

Leonardo. Yo no... Si hubiera tenido la dicha de encontrarle, le habria hecho pagar bien caro el tormento á que me condenó. Hija mia! infeliz Serafina! Durante algun tiempo creí que mis ojos me habian engañado... porque los restos de la barca no parecieron.

Cocardeau. (*Con alegría.*) Yo no tengo la menor esperanza de encontrar á mi Juana.

Leonardo. Mas pasé un año aguardando en vano... nada... ni noticia siquiera de ellos! Ah! si viviese, no hubiera dejado á su anciano padre apurar hasta las heces el cáliz de su amargura... todo se acabó!

Cocardeau. Pues si todo se acabó, á qué pensar mas en ello? Mirad, podíamos estar tan tranquilos, vivir tan á gusto... yo ya no tengo mujer... Escoged un pais cualquiera, pero echad el ancla en él... yo no tengo preocupaciones... para mí todos los paises son iguales, porque en todos encuentro algo bueno: en Inglaterra, el roastbeef; en Alemania, la berza cocida; en España, el puchero... Ah! á pesar de todo esto, no he podido olvidar mi patria... siempre he tenido presentes las sopas de ajo que comia en Francia.

Leonardo. Esta gente tarda bastante en servirnos... estoy molido del viaje... necesito decansar..

Cocardeau. Y yo tengo un hambre... un hambre que no veo! y debe consistir en el pais... en ser este otro mundo... á pesar de que en Alemania me sucedia lo

mismo... y en Inglaterra otro tanto... y en España... en fin... en todas partes.

Leonardo. Quisiera que me destinasen pronto una habitacion.

Cocardeau. Y yo necesito sopas! no puedo pasarme sin sopas... Esperadme aquí, señor Leonardo, que voy á hacer que os sirvan al momento... voy á pedir mis sopas. Ah de casa! eh! eh! (*Vase por el foro.*)

ESCENA X.

LEONARDO.

Ah! desde aquel dia fatal no he tenido un solo instante, no ya de felicidad, pero ni siquiera de sosiego! pobre Serafina! Al no encontrarte á mi lado fué cuando yo conocí lo buena que eras, y los encantos con que tu presencia endulzaba mi vida! Un padre junto á su hija! hay mayor felicidad en la tierra? Vivir sin amar algo en el mundo, no es vivir... y yo la amaba... sí, la amaba... mas ella creía que la aborrecia! Aborrecer á un hijo! oh! es mentira... es imposible... en un arrebato de cólera puede la lengua decirlo, pero el corazon nos desmiente. (*Paséase agitado y párase reparando en los cuadros de la sala.*) Hola, dibujos, modelos de construccion naval! bien! muy bien! En mi tiempo no se enseñaba nada de esto, y se hacian embarcaciones matadoras! Oh! nada he vuelto á construir. — Y para qué ha de trabajar uno cuando ya no tiene hijos!

ESCENA XI.

DICHO. COCARDEAU.

Cocardeau. (*Que sale despavorido.*) Señor... señor... vámonos... vámonos de aquí!

Leonardo. Por qué razon? apenas hemos llegado, y ya quieres...

Cocardeau. Sí señor... tomemos la falúa, el bergantin, el vapor; vámonos por el camino de hierro, ó por mar, en coche, en diligencia, como querais... pero echemos á correr... os lo ruego encarecidamente.

Leonardo. Pero, hombre, hace poco que querias que fijásemos aquí nuestra residencia.

Cocardeau. Teneis razon; pero hace poco no habia yo visto lo que acabo de ver... hace poco me lisonjeaba de haber perdido á mi mujer... y lo primero que me he encontrado ha sido ella.

Leonardo. Tu mujer!

Cocardeau. La misma que viste y calza.

Leonardo. Pero si se embarcó con ellos!

Cocardeau. Eso mismo creía yo... mas no es eso lo peor. A que no os figurais lo que he visto junto á ella?

Leonardo. No, pero dilo pronto, pronto.

Cocardeau. Un negrito, señor... un negrito de tres años lo mas!

Leonardo. Juana aquí! Ah! si ella se salvó, mi hija acaso lograria salvarse tambien?

Cocardeau. No sé nada de eso, ni he tenido ganas de preguntarlo, como podeis muy bien figuraros.

Leonardo. Voy á buscarla; quiero hablarla, quiero averiguar... Oh! si fuese posible... hija mia... que yo te vuelva á estrechar entre mis brazos! (*Vase por la derecha.*)

ESCENA XII.

COCARDEAU.

Es mucho hombre este! empeñado en viajar cuando á mí me gustaria no moverme, y ahora que yo quisiera correr como un galgo, nada, quietos aquí... No hay medio de escapar; será preciso que vuelva á cargar con ella, mal que me pese... Pues señor, es cosa muy divertida. Ahora que me encontraba tan perfectamente... como que iba engordando por momentos... Andar miles y miles de leguas para topar uno con su mujer... Vaya, que el viaje ha sido de lo lindo... Ah!... bá!... quién sabe si me habré equivocado... quizá es alguna que se le parece mucho!

ESCENA XIII.

DICHO. JUANA.

Juana. (*Acercándose de puntillas.*) Dios mio! Si, él es... él mismo!

Cocardeau. (*Volviéndose y reparando en ella.*) Vana esperanza!... ahí está!... esto se llama ser un hombre desgraciado.
Juana. (*Ap.*) Viene á buscarme sin duda!
Cocardeau. (*Id.*) Sin remedio me va á reclamar!
Juana. (*Id.*) Qué le diré?
Cocardeau. (*Id.*) Cómo haria yo para escaparme?
Juana. (*Id.*) Oh! yo me resistiré.
Cocardeau. (*Id.*) No, pues yo no cedo. (*Apártanse uno de otro volviéndose la espalda, y se encuentran cara á cara en el fondo.*) Hola! Conque no te has muerto, buena pieza?
Juana. Ya lo ves. Pero qué diablos has venido á hacer á este pais?
Cocardeau. Juana, mi resolucion estaba ya tomada hace mucho tiempo... y no me volveré atrás... tengo la cabeza muy dura.
Juana. Ya lo sé: lo mismo te digo... Estoy decidida... hagas lo que hagas, no cuentes conque yo vuelva á unirme á tí.
Cocardeau. De veras, eh?... qué mas quiero yo, que vivir otra vez soltero?
Juana. Calla!... pues qué?... no has venido aquí á buscarme?
Cocardeau. Yo! qué desatino! Conque no volveré á cargar contigo?
Juana. Dios me libre.
Cocardeau. Cómo te quiero!
Juana. (*Alargándole la mano.*) Pues y yo! venga esa mano... estamos entendidos.
Cocardeau. No podemos sufrirnos... y hay incompatibilidad...
Juana. Por mútuo consentimiento; así, pues, cada uno por su lado.
Cocardeau. Bien pensado. Me alegraré que no nos volvamos á ver. (*Siéntase en un sillon.*) Esto es lo que se llama un reconocimiento agradable.
Juana. (*~~Sentada al otro lado~~.*) Sabes qué digo? que has engordado.
Cocardeau. Lo creo... la tranquilidad... y tú estás muy frescota...
Juana. Es natural, la felicidad...

Cocardeau. Ya ves, ex-mujer mia; sin trabajar, sin cuidados, sin exigencias mujeriles... sin disputas, vive uno á las mil maravillas.

Juana. Holgazan! no sirves para nada.

Cocardeau. Sí tal; para dormir soy muy á propósito. Estoy seguro que nadie duerme mejor que yo... desafío á todos los lirones del mundo.

Juana. Pues yo soy al contrario... trabajo desde el amanecer, y á veces hasta bien entrada la noche. Voy, vengo, sirvo á los viajeros, y trato por todos los medios posibles de dar gusto á todo el mundo. Uno me echa un requiebro, otro me dá un abrazo, otro me regala alguna moneda blanca ó amarilla, otro me besa una mano: yo todo lo tomo, y siempre activa, alegre y de buen humor, voy con esto aumentando mis ganancias.

Cocardeau. (*Se levanta y se acerca á ella.*) Coqueta!

Juana. Toma!... si me divierto!... por qué no le he de ser?

Cocardeau. Por qué? por qué? Y nada importa comprometer mi nombre, el respetable y hermoso nombre de Cocardeau? porque en fin, ese negrito que yo he visto en la cocina...

Juana. (*Riendo á carcajadas.*) El negrito! ah! ah! ah! Pobre Cocardeau, conque has visto un negrito?

Cocardeau. Eso es una infamia! Sabed que en mi familia jamás ha habido mas que blancos, alguno que otro rubio, pero negros... Oh! eso es hacer poner á un hombre de veinte y cinco colores.

ESCENA XIV.

COCARDEAU. LEONARDO. TANGUY. JUANA. (*Leonardo sale primero seguido de Tanguy.*

Leonardo. (*Furioso, pero conteniéndose.*) Conque estoy en vuestra casa?

Tanguy. Sí señor.

Leonardo. (*Con amargura.*) El cielo me ha guiado bien!... gracias, Dios mio! gracias!

Juana. Qué furioso está!

Codardeau. Ahora empieza la broma.

Leonardo. (*Reparando en Cocardeau y en Juana.*) Idos de aquí vosotros... (*Vacilan.*) Idos pronto.

Juana. (*A Tanguy.*) En qué parará esto?

Tanguy. (*A Juana en coz baja.*) Nada temas; pero no dejes entrar á Serafina. (*Juana y Cocardeau vanse por la derecha.*)

ESCENA XV.

LEONARDO, TANGUY.

Leonardo. Mi hija, desdichado! mi hija! devuélveme á mi hija ahora mismo.

Tanguy. Os ruego que hablemos con calma.

Leonardo. (*Animándose mas y mas.*) Con calma! hablarte con calma, á tí, seductor, á tí, que me has privado de mi único bien!

Tanguy. Pero si me oyéseis...

Leonardo. Nada de esplicaciones! no quiero oir nada. No creas que te dejaré disfrutar en paz del tesoro que me robaste.

Tanguy. Será posible que cuatro años de separacion no hayan aplacado vuestro furor!

Leonardo. Aplacarle! al contrario, se ha aumentado: la desesperacion que me dejaste al partir, le ha hecho mas grande que nunca. Si he callado por tanto tiempo, ha sido porque me engañó aquella tormenta haciéndome creer que habia perdido á mi hija.

Tanguy. Cielos!

Leonardo. Ofuscada mi vista con el llanto, me hizo creer que habíais perecido todos... y no teniendo ya nada que reclamar, nadie en quien descargar mi venganza, lloré en la soledad, rogando al cielo que me uniese pronto á mi hija... mas no ha querido otorgarme esta gracia porque debia volverla a ver. Por fin te encuentro, y contigo á la que puede aun derramar la alegría y la dicha en mi existencia. Oh! esta vez no dejaré escapar á mi hija, ni la ocasion de mi venganza. Mira, los años pesan mucho cuando uno padece... los pesares han debilitado mi cuerpo... encanecido mis cabellos... pero al verte he recobrado toda mi fuerza, toda mi energía, toda mi cólera.

Tanguy. Y qué es lo que quereis?

Leonardo. Mi hija... ya te lo he dicho... mi hija... y parto al punto llevándola conmigo.
Tanguy. Así, pues, nuestro enlace...
Leonardo. No quiero reconocerle.
Tanguy. Aunque hubiese hecho su felicidad?
Leonardo. Ha causado mi desgracia.
Tanguy. Serafina es mi mujer.
Leonardo. Antes es hija mia.
Tanguy. Nuestro matrimonio...
Leonardo. Es nulo. La ley me favorece; voy á presentarme al cónsul y me hará justicia... (*Dá algunos pasos y vuelve.*) Pero no... ya no salgo de esta casa... ya no me aparto de tí... podrias robármela otra vez, y... perderla ahora sería terrible! Ea! llévame á su presencia.
Tanguy. (*Resistiéndose.*) Pero... (*Ap.*) Si la ve todo está perdido.
Leonardo. No quieres llevarme? bien... la llamaré, y acudirá á los gritos de su padre!—Serafina! hija mia!
Tanguy. (*Con aire resuelto.*) Caballero, esos gritos son en vano... Escuchadme y sabreis la razon...
Leonardo. (*Conmovido se detiene.*) Qué quereis decirme con eso? me haceis temblar.
Tanguy. (*Ap.*) Cruel es el medio, pero es el único de evitar mayores desgracias.
Leonardo. Hablad, hablad pues.
Tanguy. Bien sabe Dios que vacilaba... y que me es muy sensible destruir un error que era vuestra única esperanza... pero veo que ya no debo ocultaros por mas tiempo la verdad... aquella tempestad... aquel naufragio que vos mismo presenciásteis...
Leonardo. Qué?
Tanguy. (*Vacilando.*) No arrebató mas que á una víctima... á Serafina.
Leonardo. (*Aterrado.*) Mi hija! mi hija! ya no existe! ah! por qué confié tan pronto! (*Quédase como anonadado.*)

ESCENA XVI.

DICHOS. JORGE. CÁRLOS.

Jorge. / *Cárlos.* (*Corriendo.*) Papá! papá! ven! ven!

Tanguy. Idos de aquí, hijos mios.

Leonardo. (*Asombrado.*) Vuestros hijos! En efecto, acuérdome de que tenia un hijo... me lo confesaba en aquella carta que me anunció mi desventura, y la última que de ella recibí! Pobre Serafina! hija mia!

Jorge. Hola! es este el abuelito? (*Acércanse á él los dos niños.*) Buenos dias, abuelo Leonardo. Mira como Dios ha oido nuestras oraciones: ya le tenemos aquí.

Leonardo. Saben mi nombre! me conocen!

Jorge. Sí, sí: sabemos que sois bueno, y os queremos mucho: todos los dias hemos rezado por vuestra salud y por vuestro regreso.

Leonardo. Angelitos!

Tanguy. (*Ap.*) Si lograsen aplacarle!

Leonardo. Pero no teníais mas que un hijo.

Tanguy. Cielos! qué le diré? no me atrevo todavía...

Leonardo. (*Notando su embarazo.*) Ya lo comprendo... otro enlace sin duda... muy pronto os habeis consolado! yo la lloraré toda la vida. Verdad es que nadie ama como un padre... (*Mirando á Jorge.*) Este es el mayor... este será el hijo de Serafina. (*Le besa.*) Cómo te llamas?

Jorge. Jorge.

Leonardo. Mi primer nombre!... Pobrecilla!... á pesar de mi dureza pensaba siempre en mí. (*Sentándose y colocando á Jorge sobre sus rodillas.*) Te acuerdas de tu madre?

Jorge. (*Atónito.*) Yo lo creo.

Cárlos. La vemos todos los dias.

Leonardo. (*Desviando á Cárlos.*) Yo no te hablo á tí. (*Vase el niño llorando al lado de su padre.*) Pregunto por la tuya, Jorge.

Jorge. Los dos tenemos la misma.

Leonardo. Pobre criatura. Era tan niño, que ni aun se acuerda de haberla perdido.

Jorge. Nos ha dicho tu nombre, y nos ha encargado que te quisiéramos mucho y que rezásemos por tí.

Leonardo. Ha hecho eso? Debe ser una buena mujer. (*A Tanguy.*) Decidla que se lo agradezco mucho... y que tambien la doy gracias por mi hija.

Tanguy. (*Vacilando.*) Si vos mismo quisiérais...

Leonardo. (*Levantándose.*) Verla!... no!... jamás!...

Mirad, mucho daño me habeis hecho... y por vuestra causa mi vida será un contínuo tormento; pero si para endulzar un poco mi dolor consentís en lo que voy á pediros, creo que aun podré perdonaros.

Tanguy. (*Solícito*.) Decid... qué quereis?

Leonardo. Dadme á mi nieto.

Tanguy. Señor!...

Leonardo. Vos no estais solo y abandonado en el mundo. Teneis mujer y dos hijos. Apiadaos un poco siquiera de este pobre anciano, á quien tan desdichado habeis hecho.

Tanguy. Me es imposible acceder, pero si quereis quedaros en nuestra compañía...

Leonardo. No; ya nada tengo que hacer aquí, y puesto que ya sé que mi desdicha es bien cierta, vuélvome otra vez á Francia, en donde nació mi infeliz hija, y en donde tambien dejó de existir... Haceis bien en no querer separaros de vuestro hijo, y en no dejar á otros el cuidado de educarlo... para que no os pierda el cariño. Ah! si mi Serafina hubiese vivido siempre á mi lado, no me habria abandonado, y á estas horas... sería aun mi consuelo... viviría.

Tanguy. Me parte el corazon... (*Queriendo hablarle*.) Señor...

Leonardo. Dejadme. (*A Jorge*.) Vete, vete tú tambien para que yo no te ame... Ea! dejadme... dejadme solo.

Tanguy. (*Ap. llevándose los niños*.) Procuremos no irritarle. Partir sin ver á su hija... Oh! es demasiado!... (*Leonardo le mira con impaciencia*.) Ya me retiro.

ESCENA XVII.

LEONARDO.

Sí, sí, es fuerza partir... la presencia de esa mujer me haria sufrir demasiado... y yo no tengo derecho de turbar la tranquilidad de esta familia. Qué de emociones en tan triste dia!... Ver á un tiempo nacer y aniquilarse la mas dulce esperanza!... Oh! ya no tengo fuerzas para padecer mas. (*Siéntase*.) Es menester huir de esta casa.

ESCENA XVIII.

DICHO. COCARDEAU.

Cocardeau. (*Con una servilleta prendida y limpiándose la boca.*) Pues señor, es preciso confesar que Juana tiene unas ciertas cualidades; hace una sopa famosa... (*Alto.*) Me avengo á quedarme aquí todo el tiempo que querais, señor Leonardo.

Leonardo. Nos vamos.

Cocardeau. (*Estupefacto.*) De veras?... y cuándo?

Leonardo. Ahora mismo, si sale algun buque. Corre al puerto... infórmate y ajusta el pasage.

Cocardeau. Nada!... si parecemos veletas!

Leonardo. Si quieres quedarte con tu mujer, quédate.

Cocardeau. Con mi mujer? por quién me tomais? mucho me gustan las sopas que ella hace... pero no hasta ese punto... Yo os sigo á todas partes... Voy al puerto, y vuelvo como una exhalacion á traeros la respuesta... Quedarme con mi mujer!... Esa sería una ingratitud, una bajeza... de que soy incapaz. (*Vase por él foro.*)

ESCENA XIX.

LEONARDO. *Luego* SERAFINA.

Leonardo. (*Que empezó á quedarse dormido mientras charlaba Cocardeau.*) Sí, vámonos: volvamos á surcar esos mares... Ah! cuándo podré yo reunirme á la hija de mi corazon!

Serafina. (*Entra muy despacito por la derecha, y se adelanta con precaucion.*) Va á partir, y sin haberle dicho una sola palabra! no me atrevo á presentarme, me arrancaría de los brazos de mi esposo... Dios mio!... Dios mio!... — Pero yo quisiera verle... hablarle!... (*Acércase.*) Duerme!... pobre anciano!... el cansancio y el pesar le agobian... Al menos puedo contemplarle un instante sin que me hagan temblar sus miradas... puedo hablar en su presencia sin oir su voz aterradora. (*Acércase mas.*) Cómo ha envejecido! Ah! padre mio!... tambien yo he sufrido mucho; la desobediencia lleva en sí misma el castigo, y todos vuestros males, todos vuestros pesares han

despedazado mi corazon!...—Qué loca soy!... no me oye; y si me oyese me apartaría de sí.—Va á alejarse, y quizá para siempre, llevando consigo su rencor. Si hubiese podido al menos perdonarme, bendecirme... Cuánto diera por poder llevar su mano á mis labios y cubrirla de lágrimas y de besos. Si yo me atreviese... me parecería entonces que me habia perdonado!... (*Acércase por detrás.*) No es verdad, padre mio, que me perdonais? (*Bésale la mano y se retira.*)

Leonardo. (*Despertándose.*) Qué es esto?... me iba rindiendo el sueño... y como de costumbre empezaba ya á soñar con ella... de dia, de noche, siempre está aquí!... peso terrible... remordimiento cruel!

Serafina. Qué dice?

Leonardo. Pobre criatura, á quien su padre asesinó! cuántas veces me habrás maldecido!

Serafina. (*Acercándose involuntariamente.*) Yo, padre mio?

Leonardo. Cielos! (*La mira, y ella no se atreve á retroceder.*) Serafina!... hija mia! vienes á echarme en cara mi cólera... mi injusticia!... Ah! bien castigado he sido... te amaba y te perdí... juzga tú de mi tormento y perdóname.

Serafina. Padre mio, estais delirando.

Leonardo. (*Echándose á los piés de Serafina.*) Serafina... hija mia! perdona!... perdona á tu padre!

Serafina. (*Queriendo levantarle.*) Pero qué haceis? Dios mio!

Leonardo. (*Volviendo en sí.*) Es su mano!... su voz!... me estrecha en sus brazos!

Serafina. No me rechaza.

Leonardo. Oh! sí, es ella!... mi hija, Serafina!

Serafina. Me perdona... me ama!

Leonardo. (*Abrazándola con frenesí, y cayendo en un sillon.*) Hija del corazon!... Ah!... ahora ya puedo morir!... he visto otra vez á mi hija!... no he causado su muerte!

Serafina. Cielos!... socorro!... Cárlos!... padre mio!... socorro! ah! habrá venido á morir en mis brazos!

ESCENA XX.

TÓDOS, *menos* COCARDEAU.

Serafina. (*A Tanguy.*) Me ha visto... me ama... me perdona... pero fallece!...

Tanguy. No, no, ya vuelve en sí.

Leonardo. (*Volviendo en sí y buscando á Serafina.*) Oh!... no era un sueño!... es ella!... mi hija!...

Serafina. Sí, padre mio! vuestra hija, que implora su perdon.

Leonardo. (*A Tanguy.*) Muy cruel habeis sido!

Tanguy. Queríais separarnos...

Leonardo. Es verdad; yo tambien lo era... cada uno queria el tesoro para sí... Sea, pues, de los dos... y no volvamos á separarnos jamás.

Serafina. Jamás! (*Estrechando á su padre.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS. COCARDEAU.

Cocardeau. Ea, pronto, pronto, dónde están nuestros equipages? La *Salamanquesa* se va á dar á la vela: dentro de un cuarto de hora ya estaremos bien lejos.

Juana. Te vas, majadero?

Cocardeau. Y mi señor tambien.

Leonardo. (*Con aire de satisfaccion.*) No: me quedo.

Cocardeau. Calla!... ahora salimos con eso!... conque viramos de bordo?

Juana. Sigamos su ejemplo y hagamos las paces. Venga un abrazo.

Cocardeau. (*Suspirando.*) Un abrazo! Dios me valga! Voy á enflaquecer otra vez.

Serafina. (*Estrechando á su padre contra su corazon, y trayendo hácia sí á sus dos hijos, despues de dar la mano á su marido.*) Mi padre! mi marido! mis hijos! ah! ahora sí que soy completamente feliz.

FIN DEL DRAMA.

Gobierno de la provincia de Madrid.=Madrid 10 de Setiembre de 1849.=Aprobado y devuélvase.=*Baltasar Anduaga y Espinosa.*

